

«LA SOLTERA REBELDE», COMEDIA DE VICTOR RUIZ IRIARTE, FUE ESTRENADA ANOCHE EN EL REINA VICTORIA

El autor Victor Ruiz Iriarte llegó al teatro empujado por una afición tremenda. Creo muy sinceramente que si no logra el éxito que facilita la postura de comedias en escenarios solventes, las

escribiría para él, representándolas en su imaginación. Es muy posible que su espejo inicial fuera el maestro del teatro cómico inimitable Jardiel Poncela. Ahora trabaja por su cuenta, con leves reflejos, más internacionales que iberos. No escribe en el café de Gijón pero frecuenta sus mesas. Tiene una alegre tristeza, muy peculiar, llena de simpatía. Su teatro va a la risa por el sentimiento. Guarda audacia de frase y situación, contenida en un medio tono, fácil al público que busca. Es un hombre bien dotado para el caso, al que la facilidad tiende lazos peligrosos. El día que contenga el ingenio que le desborda con una serena disciplina, puede hacer su comedia. Está a punto de lograrla, aunque no ha dado con ella.



Tina Gascó, Carlos Casaravilla y Victor Ruiz Iriarte

La comedia La comedia estrenada anoche en el teatro Reina Victoria al inaugurar su temporada oficial la compañía Gascó-Granada, es sólo una figura de mujer rodeada de muñecos agradables. «Lupe» es «La soltera rebelde»—título de la pieza—, y es casi un hallazgo escénico. Limitamos el descubrimiento por sus antecedentes, aunque ello no tenga la menor importancia. En el teatro, la originalidad reside en la forma de exponer y resolver. Esta mujer madurilla, soñadora, tímida y con un tesoro de ternura en el corazón, desconoce el amor, tiene miedo al hombre y está enamorada de su ¡quién sabe! Llevada a una boda forzada, descubre demasiado tarde lo que en su pueblo ha presenciado, y el descubrimiento no llega acompañado del cariño suficiente para ir a bodas. Se vuelve al pueblo y deja unas lágrimas y unos consejos esparcidos entre las personas de su familia. Podría haberse escrito una comedia con esa «Lupe», a la que no faltan en la farsa de Ruiz Iriarte agudezas y sentimientos, pero el autor la ha puesto entre un velo y figuritas de bazar. Ella tiene sabor humano, los demás son personajes en las cuartillas, y las escenas en las que no interviene la solterona, como cuentos superpuestos, con frases graciosas, dignas de la risa provocada, pero eso tan sólo y tan escaso. Toda la comedia es de contrafiguras, de parejas opuestas, que van al choque de palabras para entretener, y hasta lo consiguen. Se caerían, si nos pasáramos un momento la mano por la frente, con el aire de tan sencillo ademán. «Lupe» y su hermana «Adelaida», «Mónica» y su hermana «Maty», «Jaime» y su hermano «Pepito», «Esteban» el vagabundo y «Don Joaquín» el negociante.

Es lástima. Ruiz Iriarte tiene pluma y corazón para escribir una buena comedia y veinte más. Y gusto para permitirse dejar a un lado esos conceptos y «pensamientos», que, sin rozar la sensibilidad del espectador, le llevan a un punto de sonrisa que no es necesario aclarar más.

Los cómicos Es muy difícil dar emoción al público sin sentirla el actor. Cuando la escena y la palabra acompañan, el cómico queda envuelto, sujeto, es llevado a la expresión sincera, y su voz se hace cálida, plena, hasta profunda. Decir cosas, pretender que asome la lágrima con palabras sin acento, lo creemos imposible. Tina Gascó pudo hacerlo en algunos momentos, y sobre todo en la aplaudida escena con Victoria Rodríguez, una damita cuyo impulso es muy acusado. Antes y después luchó bravamente y ello la enaltece. Quizá un poco fruncidora de rostro, quizá preocupada dentro de su muñeco. Cuando pudo, fue la de siempre; al no poderlo, simuló con arte serlo.

Casaravilla no es un galán; no es cómico para hacer el amor simplemente; es algo más, y tiene tonos de voz admirables. Su pobre organista de parroquia escasea ante su talento genérico. Le aplaudieron en un mutis. Manuel Arbo, muy justo en el primer acto. En su salida se nos perdió y no volvimos a encontrarle. Josefina Ragel, Conchita Sarabia, Lolita Gómez, Alejandro y Carlos Sánchez, acompañan con soltura a la solterona. Y Rosa Lacasa, que se nos escapó a la caricatura, sin tener mucha culpa en ello.

El público Amable este público del Reina Victoria. En realidad, el público de los estrenos es siempre el mismo y suele aplaudir sin esfuerzo. Por dentro le andan los diablos. Anoche parecía contento. Hizo salir al autor al final de los tres actos hasta forjar eso que llamamos un buen éxito. Pero aplaudir con fuerza sólo pareció hacerlo en el segundo. Reírse sí se reía. Sobre todo en alguna alusión escocedora. Le hacen mucha gracia al público ciertas cosas.—Luis de ARMIÑAN.